

UNA PEREGRINACIÓN A DOS SANTUARIOS DE LOS HIMALAYAS EN 1957

Dra. Yolotl González Torres

DIRECCIÓN DE ETNOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA SOCIAL
INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

UNA PEREGRINACIÓN A DOS SANTUARIOS DE LOS HIMALAYAS EN 1957

Dra. Yolotl González Torres
DEAS/INAH

La tradición de realizar peregrinaciones a los lugares sagrados *Tirtha Yatra* es muy antigua en la India; algunas abarcan centros de peregrinación de todas las regiones y otras tan sólo las aldeas vecinas. La palabra que designa a un santuario a donde se dirige una peregrinación es *tirtha*, que en sánscrito quiere decir “lugar de cruce o vado”. En él se abandona el ámbito mundano para cruzar a otro más poderoso o espiritual, cargado de poder o pureza. Se la considera una práctica deseable para obtener méritos religiosos de una vida. De acuerdo con el *dharma* (o regla de conducta), es una de las formas de conseguir la autorrealización y el gozo.

Las referencias a las peregrinaciones se remontan a varios siglos antes de Cristo y se las describe ya en los textos antiguos. Ciertos lugares se consideran especialmente sagrados, casi todos relacionados con el agua, en particular el río Ganges. En un país como la India, los lugares de peregrinación no se limitan a santuarios hindúes; hay muchos de otras religiones: jainitas, budistas, sikhs, musulmanes y aun cristianos, como el de San Francisco Javier en Goa, donde se encuentra su tumba.

La enorme cantidad de santuarios hindúes en la India es tan grande que prácticamente todo su territorio puede considerarse un vasto lugar organizado como un sistema de campos de peregrinación. No obstante, existen en realidad cuatro santuarios ubicados en las cuatro esquinas del subcontinente: Badrinath en el norte, Dwarka en el occidente, Puri en el oriente y Rameshwara en el sur. Se reconocen asimismo siete ciudades sagradas, entre ellas Haridwar y Varanasi; 12 *jyotirlingas* o *lingas* de luz, como Kedarnath y Okinath; y cinco *prayags*

en el Himalaya o la confluencia de los ríos, como el Ganges, el Alaknanda y el Bhagirathi.

En 1957 tuve oportunidad de hacer una peregrinación a Badrinath y Kedarnath —famosos santuarios dedicados a Vishnú y a Shiva— junto con una familia de Andhra del sur de la India, quienes me invitaron a acompañarlos. El grupo de la peregrinación lo formábamos tres hombres y dos mujeres; “el jefe” era M.S. Apparao que viajaba junto con su mujer Vimla, Ram Reddy y Ramesh, un cocinero y dos *coolies*.

La salida tuvo lugar desde Delhi, a cuya estación llegamos con una cantidad increíble de equipaje. La primera parada fue Haridwar, considerada una de las siete ciudades sagradas de la India. Infortunadamente, era un lugar sucio y caliente. En una pequeña isla se localizan los *ghats*, o escaleras que llevan a la gente al río para bañarse, sobre todo por las mañanas. Un hombre llevaba un cofre con los huesos de un pariente y ahí un sacerdote los arrojó entre quienes se bañaban; el agua estaba llena de cenizas. Una mujer *rajasthani* se bañaba, con su ropa pegada al cuerpo. En todos los sitios había imágenes y brahmanes que pedían dinero.

Continuamos hacia Rishikesh, un lugar también sagrado donde el paisaje era gris: montañas, río y cielo. Es allí donde el Ganges sale de las montañas hacia las llanuras. Los *ghats* se deslizan a lo largo de los márgenes del río, dando un poco de color al sombrío paisaje. De tanto en tanto, botes silenciosos cruzan el Ganges con su carga de devotos peregrinos. Gente de todas las posiciones sociales se reúnen aquí, desde los rajás hasta el más humilde mendigo.

Nos quedamos en el *ashram* de Andhra, cuyo *swami* encargado había guardado silencio durante ocho años y conocía a toda la familia Apparao. Tuvimos el lujo de comer un desayuno de *idli* (pastelillo de arroz), *puris* (tortillas fritas de harina de trigo), papas y *jalevi* (dulce), otras veces arroz, verduras y *daal* (chícharos secos), con unas cuantas *chapatis* (tortillas de trigo).

La familia de nuestro gran amigo Vijay, rajá de Vijanagar, había hecho una cuantiosa donación al *ashram*, junto con una serie de pieles

de tigre que su tío había cazado. El *ashram* tiene una particular construcción semimoderna. En el patio interior, formando un cuadrado abierto por los cuatro lados, había enormes bancas para gigantes, con asientos en el exterior y el interior del cuadrado. Estas bancas sirven de camas en verano y se encuentran en todos los corredores.

A un lado del patio se hallaba el inevitable macetón con la planta sagrada de Visnú: tulasí (albahaca). Dormimos en un cuarto enorme, indudablemente para los huéspedes distinguidos, en donde gran cantidad de pieles de animales salvajes cuelga de las paredes y del techo un columpio, donde durmió MS; Vimla lo hizo en el suelo y yo en una de las mesas camas.

En la noche, en honor al rajá de Vijayanagar, nos ofrecieron enormes cantidades de una insípida cena. Para empezar la peregrinación abordamos un camión que avanzó por un camino muy sinuoso. Seguimos el curso del río en sus curvas caprichosas, que se extiende con su cinta verde hacia el fondo de las montañas. El calor era intenso y el paisaje seco, a pesar de tener árboles. Algunas montañas estaban por completo llenas de terrazas que, por el momento, parecían secas. Había poquísimos poblados, algunos de ellos semejantes a los de Himachal Pradesh con los techos de lajas de piedra. La gente, sin embargo, era diferente; por ejemplo, las mujeres usaban *sari* o *lungi* con una enorme faja estilo mexicano; sus narices eran pequeñas y sus ojos mongoloides; además, cargaban cosas con un “mecapal” y llevaban un gran arillo en la nariz y grandes aros en el hélix de la oreja.

En Devprayag se juntan el Ganges y el Alaknanda: en realidad es aquí donde el primero empieza a tomar su nombre. Desde la lejanía, la vista del pueblo es hermosa, con el verde del río corriendo entre las casas enclavadas en las rocas y una larga escalera de piedra que desciende hasta él.

El número de peregrinos era increíble: había dos camiones esperando. Se veían todos los trajes y todos los tipos físicos. Las mujeres rajastanas enseñaban sus torsos y dejaban descubierta la mitad inferior

de sus senos; los hombres usaban grandes turbantes y todos llevaban bastones de peregrinos.

Srinagar, antigua capital del estado de Tehri Garwal, parece un pueblecito del valle de Cuernavaca, sólo que más seco y miserable. De la capital no quedaba nada, apenas el recuerdo de días pasados en que tuvieron un palacio y un *maharaja*. Nos bañamos en el río, lavamos nuestra ropa y dejamos secar los saris al viento.

Después de seis horas de camión, polvo y sudor, entre montañas estériles, con el río abajo que guardaba su riqueza para las planicies, llegamos a Chamoli. Como todos los pueblos, está colgado en la montaña y tiene un pequeño bazar; como todos los bazares, todo es sucio. En Chamoli nos quedamos en el *dharam*, la sala del gobierno. El cuarto era enorme, no había camas y extendimos nuestros *beddings* (bolsa de dormir primitivas) en el suelo, compartiendo el espacio con una pareja de viejos y su criado, quienes estaban felices porque habían regresado de Badrinath y Kedarnath. Por momentos entonaban cantos religiosos con voces destempladas. En la noche llegó un grupo de *rajasthanis* (de Rajasthan) que a punto estuvieron de instalarse en nuestro cuarto, pero su olor y suciedad nos obligaron a ser egoístas.

El gobierno había puesto en todos los sitios que cruzaban la *yatra* (la peregrinación) letrinas semiportátiles o inmóviles. En cada parada de camión se pedía el certificado de vacunación para el cólera. Puede imaginarse perfectamente cuán fácil era contagiarse debido a las condiciones sanitarias de estos sitios.

Por la tarde fuimos al río a lavarnos y bañarnos. El agua estaba helada, se podía sentir la diferencia de la temperatura de las piedras que estaban más cerca del río. Vimla y yo empezamos a lavar la ropa y, a pesar de la temperatura fría del agua, nos propusimos tomar un baño, pero del otro lado del río un grupo de hombres se había establecido cómodamente para ver el espectáculo de dos jóvenes mujeres bañándose. Nos habíamos separado de nuestros compañeros porque no estábamos acostumbradas a bañarnos en el río con ropa; por lo tanto, habíamos pensado que nos bañaríamos desnudas, pero el público

que teníamos nos lo impidió y tuvimos que hacerlo más tarde en el cuarto, con una cubeta de agua.

La noche era calurosa, pero estábamos cansados y nos dormimos inmediatamente para despertarnos al romper el día. Sin embargo, el arreglo de nuestros compañeros hombres y el equipaje de los *coolies* nos hicieron salir hasta las 9 de la mañana. Cruzamos el río en un puente colgante y comenzamos la travesía con tres *coolies* nepaleses cubiertos de harapos. Verlos cargando todo nuestro equipaje me hacía sentir mal, pero me consolaba pensar que ellos estaban contentos ganando 240 rupias.

En el camino nos cruzamos con un gran número de peregrinos que venían de regreso, muchos de ellos cargados en *khandi*, sillas especiales de cestería para llevar a una persona en la espalda de un *coolie*. Nuestra primera experiencia de *chattis* (alberge para peregrinos) no fue muy buena, ya que el dueño del *chatti* se había enojado con nosotros por culpa del cocinero. La costumbre es que no se cobra en estos mesones por el hospedaje, sino que sólo se compran las provisiones, con lo cual el dueño se da por bien pagado. Generalmente las provisiones son escasas y muy costosas. Los *chattis* son limpios, con fogones y suelos de tierra cubiertos con petates. El nuestro estaba abierto al frente y compartimos con una familia bengalí y unas viudas.

Llegamos a Gopeshwar en donde había un hermoso templo rodeado por un patio en el que se observaba un tridente de fierro con un asta del mismo metal que mostraba una inscripción ya borrada por el tiempo. El templo estaba consagrado a Shiva y se hallaba bajo el control del *rawal*, un *jangan gosain* de la secta Bhirshaiva del Decán.

La segunda parte de la jornada empezó a las tres y media; parecía más fácil, ya que el sol no era tan pesado como en la mañana. Por la tarde pasamos por sitios de gran belleza, con los pueblos enclavados en la montaña y las graderías de terraza de cultivo. A continuación percibimos el monte verde y el ruido de los pájaros. Me había adelantado y estaba sola; los Himalayas me envolvían y sentía deseos de desaparecer en tanta belleza: árboles enormes y abismos verdes; el sonido del río

abajo, árboles que se movían y algunos monos que aparecían; unos niños pastores a lo lejos que tocaban su flauta. Los peregrinos que pasaban me saludaban con un “Sita Ram” o “Hari Ram” y hacían las rutinarias preguntas: ¿si ya habíamos tenido *darshan* de Badrinath? y ¿a dónde íbamos?, entre otras más. También nos topamos, cruzando el camino ocasionalmente, con pastores y cabras que cargaban provisiones en pequeñas bolsas. El balido de las cabras y ovejas, el silbido de los pastores que indicaban el camino y las campanillas de los animales se confundían por un momento hasta que el bosque volvía a quedarse en silencio, con excepción de uno que otro chirrido de pajarillos.

Llegamos al punto más alto de la montaña, desde donde pudimos tener una vista de los valles: el de atrás salvaje, el de enfrente domado, lleno de terrazas y pueblecitos, ya no enclavados en la montaña sino diseminados plácidamente en el valle. Parecía un valle encantado; las mujeres, con su peculiar indumentaria, trasplantaban el arroz y hacían saludos afectuosos, sorprendidas ante la vista de una mujer entrando sola a su valle.

Se hizo la noche, por lo que nos quedamos en el primer pueblecillo, en una hermosa casa de dos pisos con sus pilares bellamente tallados. Las habitaciones parecían estar ocupadas por unos *marwari* que jugaban cartas, pero nuestra apariencia de personas “distinguidas” hizo que el dueño nos ofreciera dos cuartos.

El paisaje era hermoso y hacía frío, si bien no al punto de ser desagradable. La cena la preparó nuestro cocinero e inmediatamente nos fuimos a dormir. Había sido una tarde maravillosa, hilarante, con la belleza de la montaña. Al día siguiente seguimos nuestro camino a las cinco de la mañana y tuvimos que caminar dos millas para llegar al siguiente *chatti* que se localizaba al final del valle. En el trayecto nos encontramos con muchos peregrinos de caras macilentas. El *chatti* en el que nos detuvimos era una larga hilera de casas con techo de paja, con suelos de tierra apisonada y grandes pétalos encima y fogones de tierra.

Hasta ahora todos los *chattis* habían sido increíblemente limpios.

Después de un vaso de leche, *puris* y *sabzi* (mezcla de verduras) nos dormimos. Salimos a las 7 de la mañana y empezamos a andar; nos habían dicho que este camino era terriblemente pesado, dado que ascendía por la montaña en zigzag. Ya habíamos caminado dos millas y nos quedaban cuatro para el siguiente *chatti*; la gente que venía bajando parecía muerta de cansancio, pero seguimos con el gran optimismo de arribar a Tunganathh por la noche. Sin embargo, la experiencia nos mostró otra cosa: pensamos incluso que nunca llegaríamos al siguiente *chatti*. Los kilómetros se sucedían uno a otro y no parecía que fuéramos nunca a llegar al final. Aunque el paisaje era hermoso, el cansancio no nos dejaba disfrutarlo. Las personas que venían en *khandis* parecían gozar con el sufrimiento de los que íbamos a pie. Yo iba sola otra vez, algunas veces rebasaba al cocinero que se dormía en el camino, pero él era al parecer el más incansable de todos, ya que además de caminar debía preparar la comida al llegar. Por fin, a las 12:30, después de cuatro horas de caminar, llegamos a nuestro destino. Ram Reddy y Ramesh ya habían llegado y el cocinero trabajaba sin descanso, llevando agua y preparando la comida. Media hora después arribó Vimla con MS, casi medio muerta. Decidimos no proseguir el camino esa tarde, sino hasta el día siguiente. Los *coolies* llegaron mucho después, fatigados. Nos confesaron que nunca habían venido por este camino y que lo habían encontrado muy complicado. El *chatti* no estaba mal, pero los otros eran mejores. La mitad del cuarto —que era muy largo— estaba ocupado por otros *marwaris*, que se pasaron toda la noche cantando y haciendo ruido, por lo que era bien poco lo que podíamos dormir. Uno de los *coolies* nepaleses era muy servicial y nos contaba que en Nepal pagaban unas cuantas rupias por día de trabajo en el campo; que los granos eran más baratos que aquí, pero la ropa era más cara; que su mujer estaba en su pueblo y que él era brahmán (algo dudoso por sus facciones mongoloides), pero en verdad no tocaba la comida preparada por otros. La pobreza de los *coolies* es increíble, así como su suciedad.

Al fin, Vimla y yo nos bañamos en un cuarto sin puertas que servía de establo. Los hombres se bañaron el día anterior en una de las llaves del pueblo. MS insistió en que no importaba que nos vieran semidesnudas. El siguiente día prometía ser más cansado: eran 6 millas con un ascenso más pronunciado que el anterior. Afortunadamente conseguimos caballos para Vimla y para mí, por lo que fuimos las primeras en llegar. Dividimos la jornada en dos, el primer *chatti* para desayunar y el segundo, una vez en Tunganathh, para comer. Las vistas eran maravillosas y el fondo del valle se vía cada vez más y más lejano. La temperatura y la vegetación cambiaban, un viento helado soplaba constantemente y a pesar de andar a pleno sol teníamos frío. Los peregrinos seguían bajando. Tuvimos nuestra primera vista de las montañas nevadas y ahora sentíamos la brisa que procedía desde allá. Llegamos a sitios donde no había vegetación y la cuesta se hacía cada vez más pendiente. Al fin, la silueta del templo se divisó a lo lejos. El pueblecillo era pequeño pero lleno de peregrinos que venían a comer para seguir su camino, ya que Tunganath es muy frío (se halla a 12 500 pies de altura). Es un templo consagrado a Shiva, uno de los cinco Kedars, un nombre de Shiva. En el *sactum* está el *lingam* sagrado: formación natural de la roca, con cinco caras de plata que representan a los Kedars. Hay dos imágenes, una de *Shankara Acharya* y otra de alguien más. Los *pujaris* son brahmanes del lugar muy sucios.

El templo es de piedra, muy sobrio. La *amalaka*, una piedra con forma de pedúnculo de loto, está cubierta por una estructura de madera; el pináculo de oro, estilo *pahari*, tiene cuatro costillas y una pequeña *ardha mandapa*, salón o vestíbulo, posiblemente posterior, con techo de dos aguas. En el frente se observaba un león heráldico y adelante el invariable toro *Nandi* (vehículo de Shiva). En una capillita adjunta se encuentra un templete a Parvati y sobre éste flotan las banderas blanca y roja. A la derecha se observan cinco pequeñas estructuras con diferentes dioses y aún más a la derecha yace otro pequeño templo. Enfrente está la cocina y los baños de los *pujaris*. Atrás hay una pequeña *shikara* y más al fondo la roca de la montaña; a la izquierda

se trazó una especie de patio abierto con vista a la montaña y un *yoni* en la roca y un tridente con la veranda blanca y roja.

Desde una pequeña hendidura, en una saliente de roca detrás del templo, se observa el valle y el *chatti* de donde hemos subido cuatro millas por la mañana. Admiro el paisaje, siento detrás de mí el profundo abismo y el viento frío que golpea contra mi cara; siento la pequeñez del hombre ante el paisaje y la presencia de Shiva en toda su virilidad y ascetismo. Se siente una especie de toque helado. ¡¡¡Shiva, Shiva!!!. Sin embargo, tenía que bajar al *chatti* lleno de humo. La noche era muy fría y casi no podía dormir a pesar de acostarme con suéter, bata y otras prendas más.

El amanecer en las montañas es espectacular. Acurrucada en mi rinconcito en la roca, detrás del templo, puede ver cómo los picos blancos se iban iluminando poco a poco: ¡son imponentes! Me hicieron sentir lo desconocido, la profundidad y la lejanía. Así se fueron iluminando uno a uno, hasta que toda la blancura lució esplendorosa; la luz ya había caído también en el valle y los diferentes verdes se iban resaltando de manera paulatina. Un caballo blanco pastaba en la lejanía y las campanas del templo repicaban indicando la hora de la oración. ¡Tunganath hi jay!

Otra vez llegaba la hora de la partida. Vimla y yo empezamos el descenso en dos caballos. En el camino nos cruzamos con los más cansados peregrinos de toda la jornada, que nos preguntaban con voces temblorosas: ¿qué tan lejos está el templo? Bajamos y bajamos indefinidamente. Primero la gran montaña y después llegamos a una gran selva de pinos, fresnos y cipreses. Iba sola en el caballo y, salvo por pláticas entrecortadas con mi caballerango, no hablé con nadie. Era hermosa esta soledad. Pasamos por lugares de increíble belleza, cruzando nuestra vereda selvas profundas en donde tigres y leopardos rondaban por la noche. Mi caballerango me hablaba de sus encuentros con toda clase de serpientes. Todo el camino estaba cubierto de rosas blancas silvestres y seguimos descendiendo hasta que alcanzamos Gwalior Bazar, un arrollo de aguas cristalinas (Akosamini). En el

fondo de la barranca el agua corría entre rocas y formaba hermosas cascadas y pozas. Fue un alivio llegar a un sitio donde había agua con tanta prodigalidad y sin necesidad de escatimar su uso.

Era nuestra siguiente parada por la noche y la gozamos tomando un reconfortante baño con agua caliente en una tiendecilla a la mitad de la calle especial para baño. Era como si nos estuviéramos bañando enfrente de todo mundo; a la gente de allí no le importaba porque nunca se bañaban desnudos, pero yo todavía no he aprendido a bañarme con ropa. Una vez limpia, me puse mi ropa de noche y con una temperatura agradabilísima pensé en pasar una buena noche.

Habíamos conseguido además una pequeña variación en nuestra dieta de arroz, papas y daal. Compramos dos coles y una calabaza, por lo que la noche prometía ser placentera con baño y buena comida. Sin embargo, no lo fue tanto, ya que otros peregrinos habían ocupado el otro extremo del *chatti*; además de cocinar con leña y haber llenado todo el cuarto con humo, uno de ellos, probablemente asmático, se pasó la noche tosiendo y emitiendo ruidos faríngeos. Despertamos más tarde que de costumbre, lavé mi cabeza con el agua fría del arroyuelo y tomamos el almuerzo de coles y chapatis. Los *coolies* salieron más tarde que nosotros.

El viaje prosiguió sin mayores incidencias hasta llegar a Okinath. Pasamos dos pueblos habitados solamente por *doms*, dado que ahí residen brahmanes y *rajputs*. Hay además dos pueblos de *pujaris* de Kedarnath. Me desconcertaron las facciones de estos tres grupos, sobre todo las mujeres, porque tienen facciones mongoloides con nariz achatada.

La pobreza y la suciedad de estos lugares eran enormes; toda la gente parecía gris, dado que la ropa oscura y la suciedad producen un mismo color. Los niños han aprendido a pedir limosna y aun muy pequeñitos, sin saber hablar, extienden la manita o ya más grandecitos hacen monerías. De trecho en trecho hay mendigos con un tambor que hacen sonar cuando pasan los peregrinos y cuyo sonido se escucha de una montaña a otra. Por lo general, estos mendigos se sientan a un lado de las llaves de agua.

Los vestidos de las mujeres son de lana café: un pedazo de tela que empiezan a ponerse desde la espalda y prenden en la parte delantera como un peplo con un alfiler de plata y una cadena; debajo llevan una blusa de manga larga y grandes aretes de plata en el hélix que hace que la oreja se doble. En el tabique de la nariz otro arete y un gran aro en el ala de ésta. Tienen también un collar de monedas de plata con cuentas rojas y una especie de turbante en la cabeza.

En el campo sólo había visto a mujeres trabajando, pocas veces a hombres con yuntas. Probablemente eran ellas las que desyerbaban el arroz con pequeñísimos zapapicos. Las terrazas de arrozales son increíbles y algunas veces cultivan papas. Sólo en una ocasión vi naranjas (que costaban seis *annas* cada una).

En el patio había una imagen de madera del Rishi Vigsha y en el interior otra de Draupadi en madera y tres imágenes con apariencia africana de Durga. Los Pandava están representados en láminas de madera. En este templo se hace *puja* para Kedarnath, cuando éste se cierra en invierno.

Había un cuarto en el que se guardaba el *lingam* con las caras de los cinco Kedars y una serie de bastones de plata y el gran sillón del *swami*, sacerdote principal del templo. En el exterior, el recinto estaba pintado con vivos colores. Además, había dos templos con columpios de madera.

El *rawal* (sacerdote principal del templo) de Onkaraswami, en Okinath, pertenece a la secta *virashaiva* del sur de la India. El *rawal* vive en Okinath pero sus *sishas*, alumnos, son los *pujaris* de Kedarnath.

Nuestra siguiente parada en la noche fue Rampur, sitio de encuentro de los caminos de Kedarnath y Triyug Narayan, un lugar sucio y lleno de gente. En la noche había gran algarabía, al igual que en la mañana, pero a las 06:30 todo se apagó. La gente abandonó el lugar para continuar la peregrinación. Nosotros la iniciamos un poco tarde, así que los lugares ya estaban casi vacíos cuando lo dejamos. La siguiente parada fue Gaurakundi, otro pueblo sucio en donde había una poza

de agua caliente en la que los peregrinos se bañaban. Afuera hacía frío; dos millas antes de que llegáramos había llovido sin cesar.

Al día siguiente partimos a la última etapa de nuestra jornada, con tan sólo 6 millas de ascenso. El camino era hermosísimo: abismos verdes con el río abajo, innumerables hilos de agua que descendían desde la cima de la montaña para aumentar el caudal fluvial; peregrinos: incesante raudal que fluye sin término, hombres y mujeres, a veces caballos y caras llenas de felicidad por haber llegado o por regresar del lugar sagrado. La nieve empezaba, primero en grandes parches blancos, pero en otras ocasiones encontrábamos ríos helados que salían debajo de la cáscara de hielo. Después, el espectáculo maravilloso del blanco pico entre las dos montañas que forman el valle del río y toda clase de pájaros y flores: lirios, violetas, rosas silvestres, etc.

Las montañas, a los lados, estaban teñidas de blanco; los árboles y la vegetación desaparecieron, sólo quedaba pasto y de pronto se abrían las montañas y nos encontrábamos en un semicírculo de picos nevados. Llegamos; era un día nublado y no alcanzamos a ver las cimas, pero el espectáculo era absolutamente maravilloso.

El pueblito de Kedarnath, con el templo al fondo, era pequeñísimo ante la enormidad de la montaña: 22 mil pies de altura. Estábamos sólo a 11 mil pies entre las dos ramas del glaciar. El valle tenía una hermosura inefable, con tres lados cerrados por picos helados y en la parte posterior del templo la enorme mole de Kedarnath. Una extensión entre rosada y blanca, lejana e inalcanzable; entre las nubes que cubren el valle y juegan con él, queda descubierto antes de ponerse el sol o cuando acaba de salir.

Gente con rostros severos y fatigados; gente con semblantes alegres y juveniles. Nieva en las montañas, cuyos picos se cubren con una gasa blanca. Los colores cambian y se tornan opacos y en la noche con luna y nieve todo brilla en las alturas de Kedarnath presidiendo el valle.

Se dice que el templo fue construido por Shankara Acharya. A un lado se presupone que está un templo construido por los mismos Pándavas, quienes vinieron en busca de Shiva para expiar el pecado de

matar a sus parientes y brahmanes en la guerra de Kurukshetra. En la parte superior se halla una figura de Krishna con el loto que respiró al morir. Abajo, a los lados, hay dos figuras de Pándavas. Tiene un *garbha gritha* y un *mandapa*. Frente al templo se encuentra una escultura en piedra de *nandi* y el *samadhi* de Shankara Acharya.

Hasta el segundo día, en la mañana, nos dirigimos al templo después de haber pasado una noche helada en uno de los *chattis* más tristes y deprimentes del camino. Después de hacer fila y esperar por cerca de una hora en la plataforma exterior del templo, entramos con nuestro *panda*. En el exterior hicimos una *puja* a la imagen de Ganesh arrojando flores, agua y *kumkum*, mientras el brahmán recitaba unas mantras. Entramos a un vestíbulo frío y mojado: nuestros pies se congelaban mientras esperábamos. El vestíbulo oscuro estaba siendo modernizado, pintado con tonos dorado y plateado, adentro otro *nandi* y en los muros figuras de los Pándavas, Draupadi y Parvati.

Frente a nosotros había un gran grupo de *marwaris* esperando su turno. Al fin entramos al *sancta sanctorum* en su centro; ahí se encuentran la sagrada imagen de Shiva y un *lingam*, que es uno de los *jyotirlinga*, formación natural de la piedra de la montaña cubierta en su totalidad de *ghee* (mantequilla líquida) por lo que parece más blanca. Repetimos la *puja* hecha a Ganesh y dimos una vuelta alrededor del *lingam*. Al salir, otro brahmán nos dio la ceniza sagrada y trazó una marca de azafrán en la frente con agua del Ganges para beber. Este *lingam* es una roca informe que, según la leyenda, cuando los Pándavas vinieron en busca de Shiva para expiar sus pecados, éste se escondió y se transformó en toro. Bhimá (uno de los Pándavas) lo persiguió y, al tratar de cogerlo, el toro se hundió en la tierra. Se dice que la cabeza llegó a Nepal y la parte trasera se convirtió en el *jyotirlinga* de Kedarnath.

El *panda* que nos lleva al templo era un chico que ha estudiado *college*, pero como no tiene dinero debe realizar este trabajo. La *puja* resultó muy atractiva y los brahmanes lucían sucios y eran poco letrados. En la tarde me contaron que el *arati* (ofrenda de luces) estuvo más interesante, con ofrenda de *malas* o guirnaldas de *rudraksha* (semilla

sagrada de Shiva) para la deidad. El sacerdote de Kedarnath pertenece a la comunidad *virashaiwa* pero, a diferencia de lo que pasa en Badrinath, él no lleva a cabo *puja*, sino sus asistentes que siguen sus instrucciones. Durante el invierno, el *rawal* permanece en Okinath. Hay cinco sacerdotes principales en el templo que se convierten en dirigentes por rotación. El *rawal* del año 2012 era de una aldea de Karnathaka por lo que la *puja* se pronunció en lengua *kanaresa*.

Los *pajaris* de estas regiones viven en casas rectangulares, con muros de piedra. Los techos pueden ser de lajas de piedra cuidadosamente acomodadas como en Himachal Pradesh, o también pueden estar apilados en forma descuidada. Tienen una terraza-balcón abierta en la parte superior. Los animales son guardados aparte, en cuartos, también con muros de piedra, techo de paja y puertas de madera. Además, debido al frío, los deben proteger de los animales salvajes que abundan en estas regiones.

Las casas casi siempre se encuentran en los declives de las montañas, nunca en las cimas y rara vez en la parte inferior de los valles. Por lo general, pueblos enteros pertenecen a una sola casta y los *doms* viven en lugares aparte. Un pueblo de este último grupo —que se veía a lo lejos— estaba agrupado al lado de una especie de "calle-plaza de piedra y parecía extremadamente limpio. En lo alto de un cerro había un pueblo circular, únicamente de brahmanes, *pujaris* de Kedarnath, con una plaza en el centro. En el camino de Tunganath a Okinath, los pueblos eran más escasos y varios de ellos tenían casas solitarias entre las terrazas.

En Kedarnath, las mujeres usan una especie de turbante de tela y en Badrinath algo similar a un tocado con parche en la cabeza; además de los adornos, otras mujeres usan alfileres que detienen su vestido del que penden unos objetos de plata que parecen uñas doradas. Además, usan pulseras muy parecidas a las que vimos en Khasi Hills. Las niñas portan un extraño vestido europeo con falda larga y capuchones; los pantalones de los niños pequeños están abiertos en la parte inferior para dejarlos hacer sus necesidades.

Casi todos los hombres llevan pantalones y camisa occidental, pero al parecer lo regular son los pantalones *churidar*. Las chaquetas deben haber sido de lana, tejida por ellos mismos, como la falda de las mujeres. Todavía hay muchos que llevan sacos abiertos de esta tela, un poco al estilo poncho. De regreso a Kedarnath, los angostos valles se abren, la vegetación escasea y los pueblos empiezan a desaparecer.

Llegamos ya tarde a Guptakashi. Me he adelantado con mi caballo y sostengo con Mangal Singh, mi caballerango, una conversación a medias ya que él no entiende inglés y yo sólo conozco apenas unas palabras de hindi. Llegamos en el preciso momento en que comenzaba a llover y quizá por eso el *chattiwalla* (dueño del *chatti*) se rehúsa a darnos alojamiento. Pero después de media hora de convencimiento nos da posada, la cual resulta ser una de las mejores que hemos tenido en el viaje, con cocina aparte, aunque ya a estas alturas nos hemos acostumbrado a vivir en el humo. Después de una hora llega Vinla empapada. No ha cesado de llover desde que llegué y a ellos les ha tocado toda la furia de la tormenta. Protegiéndose del agua llega un solitario peregrino con su *coolie*, un peregrino que más tarde formará parte de nuestro grupo. Se trata de un empleado de gobierno de Kerala que vivía en Calcuta y era secretario de una sociedad *vedanta* de *swamis*. Cuando nos encuentra ya ha visitado Gangotri, Yamunotri y Kedarnath. En ese momento se preparaba para ir a Tunganath, haciendo en tres días de viaje lo que nosotros hicimos en una semana, pero él camina 20 millas al día. Acordamos vernos en Chamoli para proseguir el viaje a Badrinath y otros sitios juntos.

Guptakashi es un importante centro comercial y de contacto con los Himalayas. Del otro lado del valle se puede ver Okinath como un microscópico caserío; el templo es muy importante pero sin ningún valor artístico. Se observaba un gran movimiento de gente del lugar y peregrinos, sobre todo en el bazar. En éste se expende toda clase de artículos de las planicies a precios exorbitantes. No faltan los puestos de té donde se venden fritangas.

Al día siguiente pensamos llegar bajando al sitio en donde se toma-

ban los camiones y después seguir el río y la recién trazada carretera que todavía no había sido inaugurada. Caminamos por 12 millas bajo un sol inclemente. Nuestro lugar de destino era de lo más deprimente, no había *chatti* y todo parecía sucio en extremo, más que lo habitual. Hacía calor y había gran cantidad de polvo. Estábamos cansados y sucios. El mejor lugar que encontramos para descansar fue el templo, pequeñísimo y de suelo de lodo apisonado. El *pujari* nos ofreció agua de la provisión para sus ceremonias, en parte por compasión de nuestras cansadas expresiones y en parte porque esperaba que al acudir a su templo le diéramos una propina, lo cual en efecto hicimos cuando tuvimos el *darshan* de un modestísimo *lingam*. Motu, el cocinero, encontró un pequeño y sucio lugar donde cocinar. Después de una comida llena de calor y moscas nos volvimos al templo. Ahí el *pujari* nos mostró una *dharamsala* limpia y solitaria donde pasamos a dormir. De pronto, desde un cuarto adyacente, envuelto en la oscuridad, una voz femenina empezó a proferir toda clase de insultos. No entendíamos de qué se trata y sólo la escuchábamos. Era la mujer del *pujari* (sobre cuya identidad ya habíamos barajado toda clase de posibilidades) que estaba irritada porque el día anterior éste había traído a un gran número de peregrinos sucios.

Los *coolies* se habían retardado más que de costumbre y teníamos que tomar el autobús a las 18:00 horas. Al último momento los vimos aparecer en el camino y por fin estábamos en el camión rumbo a Rudra Prayag. La primera parte de nuestra jornada había terminado.

El alojamiento en Rudra Prayag no era muy satisfactorio tampoco y teníamos que bajar hasta el río para darnos algo similar a un baño. La mañana siguiente salimos en camino para Pipalkoti después de recoger en Chamoli el resto de nuestro equipaje. Al parecer, la llegada del camión a estos lugares los iba transformando en mayores centros de multitudes, suciedad y ruido. El sitio que encontramos era el peor que habíamos tenido: un simple cuarto sucio lleno de moscas. El bazar es un tanto pintoresco con tiendas de pieles, espantamoscas de cola de yak y anuncios de venta de almizcle, además de los consabidos puestos

de *gur* (piloncillo), chile, arroz, *daal*, papas y algunas veces cebollas.

El lugar es tan desagradable que decidimos empezar nuestro camino en la tarde. Esta vez todos tomamos caballos; a las cuatro millas, poco después de dejar el camino-carretera, llegamos a Garuda Ganga. El lugar era hermoso, con un pequeño templo y un *ghat* que llevaba a una poza artificial del río en donde el agua era absolutamente cristalina. No podíamos desperdiciar ese hermoso riachuelo por lo que en la noche Vimla y yo tuvimos nuestra primera experiencia de bañarnos desnudas en un oscuro rincón. La sensación fue agradable y después de nuestro baño nos sentimos frescas y listas para empezar el camino del día siguiente. Este baño me produjo un molestísimo resfrío.

Las montañas de estos sitios estaban pelonas y los grises abundaban, pero el paisaje era aún más impresionante, ya que los abismos eran profundos y allá lejos, en la profundidad, el río fluía. De pronto una montaña se quiebra y desciende y otro río viene rápido formando cascadas. Los árboles comenzaron a aparecer y el pasto cubría ya las laderas menos pronunciadas. A lo lejos las montañas, no azules sino rosadas, se perdían en la distancia y en el cielo. Eran extrañas formaciones: algunas eran casi una montaña entera, pero otras parecían formadas de pedazos, lascas que han sido unidas por pasta natural que poco a poco pierden su poder de pegar y hacen que las partes se separen unas de otras. Extrañas rocas que uno puede romper con la mano o separar con la ayuda de un palo. Sin embargo, en los sitios más increíbles aparecían moles enormes, rocas o parte de ellas, como situadas ahí por un gigante; parecía que de un momento a otro fueran a caerse, jalando con ellos a la montaña.

El río corría entre inmensas rocas, era demasiado rápido para entretenerse en rodear y buscar un camino más fácil; con ímpetu juvenil chocaba, saltaba y se escurría formando uno de los ríos más atractivos. Las aguas iban cambiando de color: café, verde, tono cristalino, y en cada encuentro la búsqueda parecía terminar y el ímpetu calmarse.

Joshimath es un cruce de caminos con un importante templo y gran movimiento. La carretera llegaba hasta este sitio pero continuamente

sufría derrumbes, por lo que los camiones no se atrevían a llegar hasta acá y era necesario caminar 20 millas a pie y realizar un inmenso descenso hasta Vishnuprayag donde el Alakananda se une con otro río. El camino era hermoso. Pasando por ciclópeos cañones, la temperatura descendía cada vez más y el agua no dejaba de correr. Los bosques cambiaban, las pináceas volvían, además de miles de árboles y plantas de fragante aroma. Hay sitios que se asemejaban a Suiza, es decir, inmensas paredes de roca con vegetación y en el fondo picos nevados. Un *chatti* tras otro y un eterno subir, ya casi al llegar a las rocas pelonas. Los torrentes de hielo se iban derritiendo y aparecían ante nuestros ojos enormes cáscaras de las cuales corría el agua, algunas con fisuras que se partían definitivamente de un momento a otro. Arriba, en una parte del glaciar, cruzaban dos *pajaris*.

Al fin, Badrinath se divisaba a lo lejos. Los *gorawallas* hacen *namaskar* (el saludo hindú juntando sus manos) y gritan: “¡*jay Badrinath!*” El valle era muy grande y hermoso, pero no tan impresionante como Kedarnath. También estaba rodeado de montañas nevadas, aunque se veían muy lejanas y menos integradas al sitio. No se percibía esa sensación de pequeñez e incredulidad de estar a un paso de la eternidad, como sucede en Kedarnath, con el inmenso pico enfrente, sintiendo casi que uno lo puede tocar.

Badrinath es un pueblo grande perteneciente al distrito de Chamoli. Se encuentra a las orillas del río Alakanda, a una altura de 5 133 metros sobre el nivel del mar. La montaña Nar Parbat se localiza opuesta al templo y el río atrás del pico Nilakantha. Su localización, la importancia religiosa del sitio, ser uno de los cuatro *char dham* (lugares sagrados, moradas de los dioses) y uno de los 108 *Divya desams vaishnavas* hacen que un mayor número de peregrinos se dirija a él. Está abierto seis meses al año, de abril a noviembre.

Existe un gran número de pueblos *pajaris* alrededor y no es tan frío como Kedarnath. Los *chatti* son más *pacca* (bien construidos) y gran número de instituciones tiene su propio *chatti* o *ashram*. Hay hileras de tiendas en las que, además de comida, se vende toda clase

de recuerdos y objetos religiosos. A un lado, casi enfrente del templo, se halla el *taft kund*, una poza de agua caliente sulfurosa en la que se baña la gente en gran amontonamiento y algarabía. El exterior del templo posee un toque tibetano moderno; el anterior fue destruido por el gran terremoto de 1803 y reconstruido por el rajá de Jaipur sin ningún gusto artístico; es aún más simple y el templo está rodeado por un pequeño patio. La primera noche no fui al templo por diversos motivos, entre otras cosas porque no me sentía muy bien, pero al día siguiente, después de regresar de Vasudhara, tuve oportunidad de experimentar *darshan*. El templo es tan pequeño que sólo un determinado número de personas puede permanecer adentro; los pocos afortunados contemplan la imagen con una mezcla de adoración, esperanza e incredulidad. La imagen de piedra negra es bastante pequeña, con cuatro brazos, y está cubierta de ornamentos que casi no permiten verla.

Es una de las ocho imágenes “automanifestadas” de Vishnu que, según la leyenda, fue descubierta en el río por Shankara Acharya; ésta había sido arrojada por las manos infieles de unos tibetanos o butaneses. Shankara Acharya residió en Badrinath durante seis años y fue quien convirtió el sitio en un importante centro de peregrinación y decidió que el *pujari* debería ser un brahmán *nambudri* de Kerala. El actual *pujari* es un joven bien parecido y limpio (sobre todo en comparación con los de Kedarnath), pero usa camisa en el templo al officiar, algo que nunca sucede en Kerala; después de todo, esto se explica por las diferentes condiciones climáticas del lugar.

El ritual no es complicado, pero aporta una inmensa cantidad de dinero al templo, que es administrado junto con el de Kedarnath por un comité del Estado formado por 17 miembros. La tarea del sacerdote empieza a las 4 am con el *abhisheka* (despertando a la deidad) y recibe la ayuda de *pandits gárwales*, sacerdotes pandas, cocinero y guardián (en 2012, ya con una carretera construida, se registró la asistencia de un millón sesenta mil peregrinos).

Al día siguiente fuimos hacia Vasudhara, las fuentes tradicionales

del Ganges, en donde el agua cae de una altura tal que la cascada es descrita en sánscrito como el tallo de un loto. Primero caminamos por la planicie del valle y después cruzamos el río hasta el pueblito de Mana, a tres millas del paso para el Tíbet; todos los habitantes tienen facciones mongoloides y aun el tipo de las casas de los *pajaris* comunes y corrientes ha cambiado: son más cerradas y están más protegidas del frío. Cruzamos otra vez el río, ya no hay terrazas, los lotes están separados por bardas de piedra y allí encontramos otro afluente de agua absolutamente cristalina que corre entre enormes rocas. La vista era incomparable y el paisaje empezaba a dar una impresión de desolación e inmensa lejanía. La ligera elevación que asciende poco a poco, y el río abajo y las montañas nevadas, siempre le recuerdan a uno que estamos en sus dominios.

Vasudhara se veía al fin a lo lejos, casi cayendo de las nubes. Era un suelo cubierto de nieve y el frío era intenso. Una soledad mortal envolvía todo. Me regresé sola, sola en la montaña, me sentía insignificante, como algo que me oprimía y que cada roca me observaba; las flores moradas, blancas y amarillas se extendían a mis pies. Atrás, las montañas iban desapareciendo tras las nubes y la sensación de lejanía e inaccesibilidad se volvía mayor. El viento era helado, trayendo mensajes de lugares desconocidos. Me crucé en el camino con unos soldados que regresaban de encontrar el cadáver de una persona que se había perdido en estos sitios la noche anterior y que había muerto de frío.

Estaba en un lugar prohibido para los extranjeros. Sin embargo, aunque no hablaba la lengua, usaba sari y pasaba por ser del sur de la India. Por lo tanto, los soldados no advirtieron que era extranjera. Todo era un tanto siniestro pero de una hermosura increíble. Sentía que la vida corría por mis venas, que la naturaleza me había hecho parte de ella y que me hacía partícipe de su lenguaje. Con voz emocionada murmuraba a las montañas lo hermosas que eran y aún seguía teniendo a los lados las moles de rocas casi cubiertas por las nubes. Unos cuantos pájaros cruzaban el cielo y desaparecían en las rocas a mis pies. Volví a cruzar el hermosísimo salto y di una última vista a lo

desconocido. Después vi el valle de Badrinath con sus calles separadas por bardas de piedra y a lo lejos las cabras y los borregos, además del sonido de las campanas de la oveja que dirigía al ganado, los silbidos de los pastores y la lluvia incesante. Badrinath volvía a aparecer con algarabía y gente que llegaba.

A la mañana siguiente emprendimos el viaje de regreso. R.R., Mr. Menon y yo empezamos el descenso a las 9:00 de la mañana. El Nilakantha nos dijo adiós detrás de sus picos y todo el valle se disolvió en una semiluz de noche y amanecer. Los *pajaris* que pedían en los pequeños altares del camino todavía no habían despertado, por lo que dejamos el valle desapercibidos. A las 9:15 habíamos caminado 11 millas y ya me afligía el cansancio. Nos detuvimos a esperar a los demás del grupo en un *chatti* elegantemente alfombrado. Después de almorzar decidimos caminar una milla más hasta Gobinghat en donde conseguimos quedarnos en los corredores de una *gurdwara sikh* o templo. El lugar era limpio y hermoso, asentado junto al río. Aquí se dividía el camino para Hemkund y el Valle de las Flores. En Hemkund, Gurú Nanak vivió en una reencarnación previa, orando por la reencarnación de sus hermanos; es por eso que se considera un lugar de peregrinaje sikh. También se afirma que en los arroyuelos y el lago se puede ver toda clase de milagros, como las ofrendas yendo a contracorriente o la imagen de Gurú Gobind Singh, entre otras.

El día siguiente fue de descanso y dos de los miembros trataron de llegar al Valle de las Flores. Fuimos testigos de una tragedia de aves; cuando una pequeña ave negra se ahogaba en el río, su compañero observaba impotente el cuerpecillo inerte chocando contra las rocas hasta que fue definitivamente llevado río abajo. Después vuelta a la tierra y con saltitos indecisos, desapareció en un arbusto que debió haber sido su hogar.

El regreso fue el mismo, terrible y cansado: Joshimath, Pipalkoti y otra vez el pequeño camión. Desde las 4:30 de la mañana, con rápido cambio en Shinagar, hasta las 7 pm cuando llegamos a Rishikesh (acostumbrados a un clima frío, el calor nos pareció insoportable). La

comida, un poco diferente, nos pareció exquisita. Nos bañamos en el estanque da la parte posterior del *ashram* y dormimos en el techo. Al día siguiente fuimos a dejar a la estación a los Apparao, Ram Reddy y Ramesh. Me quedé sola con el señor Menon, extraña mezcla de *sadhu* y empleado del gobierno. Tres días después, con un calor insostenible, salí de Rishikesh. El *station master* fue muy amable conmigo (me llamaba *sister*) y me asignó a un compartimiento de primera. Sin embargo, en la siguiente estación me cambié a un tren, a un carro de tercera: 16 horas de amontonamiento, calor e incomodidad, que no fueron en realidad tan pesados porque veníamos de sitios en los que tuvimos que dormir en la *yatra*.

En Jalandar, después de una noche que pasé semiacostada y semisentada, empapada en sudor, le pregunté al conductor si sabía por casualidad cuándo venía el tren para recoger nuestro carro para llegar a Pathankot. A ello me responde que por qué no tomaba el *Kashmir mail*, que venía retrasado dos horas y que llegaba en 10 minutos. Abordé ese tren y empecé una nueva parte de mi jornada...